

Conversatorio

**“A 50 años del golpe de Estado, partidos políticos
y movimientos sociales reflexionan sobre el
terrorismo de Estado”**

30 de mayo de 2023



**Servicio de Actas y Taquigrafía
Departamento Legislativo**

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Soy Iliana Da Silva, y en nombre de la Junta Departamental les doy la bienvenida a este acto por los 50 años del Golpe de Estado, al que se convoca a representantes de los partidos políticos y de los movimientos sociales a reflexionar sobre el terrorismo de Estado.

(Es la hora 19:15).

En primera instancia, quiero agradecer al rector de la Udelar, Rodrigo Arim, por recibirnos en esta casa. Quiero saludar, además, al ministro de Educación y Cultura, Pablo da Silveira, y al ministro interino de Relaciones Exteriores, Nicolás Albertoni. Les doy las gracias a ellos por su tiempo y por acercarse hoy hasta acá, y también a todos ustedes por su tiempo y por elegir estar acá.

En primera instancia, va a hacer uso de la palabra el presidente de la Junta Departamental de Montevideo, edil Nicolás Lasa, a quien le agradecemos que se acerque. Después les voy a ir contando un poco cómo va a ser la dinámica de este espacio.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA JDM (Nicolás Lasa).- Buenas tardes para todos y todas.

Muchísimas gracias por estar acompañándonos hoy, en esta oportunidad en la que la Junta Departamental genera una nueva instancia para poner en debate y para celebrar lo que denominamos "Año de la Democracia. Nunca Más Terrorismo de Estado".

Esta es una de las actividades de un ciclo que tenemos previsto. Contamos con un panel en el que hay representación de los diferentes partidos políticos que en el momento del golpe tenían representación parlamentaria y algunas organizaciones. Y digo "algunas organizaciones" porque hay otras que también nos están acompañando: hay representantes de otras organizaciones que están aquí con nosotros. La idea es multiplicar, ampliar y escuchar todas las voces, a todos y a todas, lo que tienen para decir y lo que tienen para reflexionar en tiempo presente sobre el terrorismo de Estado.

Como decía, esta es una de las actividades. Ya hemos hecho varias y se vendrán muchísimas más a lo largo del año. Seguramente el presidente de la Comisión de Derechos Humanos podrá profundizar en esa dimensión.

Nosotros, desde la Junta, queremos reafirmar que estamos para facilitar diálogos, para facilitar intercambios. El verdadero sentido de este ciclo de actividades y de esta celebración del "Año de la Democracia. Nunca Más Terrorismo de Estado" es para nosotros poner en debate a la democracia, manifestarla y reconocerla como una conquista siempre provisoria, una conquista sobre la que no hay que descansar, que hay que militar día a día y que exige de nosotros compromisos diarios.

Hoy tenemos un excelente panel. Obviamente, aquí interviene una dimensión que es histórica. Pero nosotros no venimos solamente a hacer historia: venimos a poner en debate cuestiones que siguen impactando en el presente. Porque, como bien decíamos en instancias anteriores, el enemigo de la democracia no solo son las dictaduras: no nos conforman las democracias de baja intensidad ni las democracias raquílicas. No venimos a la política para eso, y en todas las actividades que desarrollemos vamos a defender una democracia profunda, vamos a socializar y a democratizar todos los espacios de la sociedad

y hacer que todos los actores que tienen parte en esto puedan tener un lugar en las decisiones.

Estamos en una casa —a la que agradecemos por recibirnos hoy— en cuyo gobierno todos los actores tienen espacios de representación. Eso es para nosotros muy importante, porque pone en el centro el debate sobre el poder. Tenemos que reflexionar sobre cómo se han comportado, a lo largo del tiempo, los distintos espacios de poder y los distintos poderes en nuestro Uruguay. Hoy tenemos aquí a [representantes] de los partidos políticos que venimos a defender [a la democracia] no desde un punto de vista corporativo, sino porque creemos en la democracia como la forma de dirimir los conflictos en la sociedad. Pero existen otros poderes —poderes que no se someten a elecciones— que tuvieron mucho que ver con los procesos que hoy estamos poniendo en debate. Y es importante también que podamos, en este año y día a día, analizar cuál es el rol que están jugando esos otros poderes —como los poderes militares o el poder económico— en nuestra sociedad, para efectivamente comprometernos con esta democracia, profundizarla, densificarla y defenderla día a día.

Esta es la convocatoria que estamos haciendo desde la Junta Departamental. Les agradecemos muchísimo por estar con nosotros, por estar acompañándonos en la jornada de hoy.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Convocamos ahora al edil Martín Couto, presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Desarrollo Social.

(Aplausos)

SEÑOR COUTO (Martín).- Buenas noches para todos y todas.

Es una alegría enorme estar iniciando esta actividad. Quiero agradecerle a la Universidad de la República por estar en este lugar tan simbólico para los hechos que empezaron a suceder hace 50 años. Esto no es casualidad. De hecho, más temprano leía relatos sobre la sesión abierta que desarrolló el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República el 6 de julio, durante la Huelga General, convocada con dos frases artiguistas: destruir la tiranía y levantar el sagrado grito de libertad. Así que quiero agradecerle a la querida Universidad de la República, que tanto tuvo que ver, entre otros y otras, con la resistencia al terrorismo de Estado.

¿Por qué la Junta Departamental nombró al 2023 como "Año de la democracia. Nunca más terrorismo de Estado"? ¿Y por qué estamos pensando en actividades? Por ejemplo, en poco tiempo anunciaremos un seminario regional en el que el segundo y el tercer nivel de gobierno —en el caso de Uruguay, los niveles departamentales y municipales— junto con la sociedad civil discutirán distintas experiencias para mejorar mucho más la forma en que construimos memoria, la forma en que aportamos a la verdad desde el segundo y el tercer nivel de gobierno. Asimismo, vamos a desarrollar —seguramente durante junio o julio— un homenaje a la CNT, y estamos pensando en actividades para charlar sobre el terrorismo de Estado y la afrodescendencia. Y estas son simplemente las que vendrán en lo inmediato.

Las sociedades tienen fenómenos que en algún tiempo pueden pasar desapercibidos y que en otro tiempo son definidos como problemas. Un ejemplo muy claro es la violencia basada en género, que si bien es viejísima las sociedades —sobre todo, gracias a la lucha de los movimientos feministas— la empezaron a definir como problema hace algunas décadas. La Junta Departamental entiende que en lo vinculado al terrorismo de Estado tenemos un

problema. Tenemos un problema originado en el pasado —durante el terrorismo de Estado— y en cómo se gestionó en los años siguientes de democracia, pero tenemos un problema también muy vinculado al presente. Hoy, en el presente, debemos seguir tratando de reparar a las víctimas y trabajar por el nunca más y por las garantías de no repetición. Y esto tiene que ver con el futuro, porque, como decía Nicolás recién, se trata también de reflexionar, de discutir, de pensar y de trabajar para profundizar nuestra democracia.

Por supuesto que buscar acuerdos está muy bien, pero también es necesario que trabajemos en la forma en que disentimos, como seguramente va a pasar hoy en este panel, en el que personas convencidas de lo que piensan plantearán con energía sus puntos de vista y en algunas cosas seguramente discreparán.

Este es un problema colectivo también. Y los problemas colectivos requieren soluciones colectivas. El de hoy es un aporte de la Junta Departamental en ese sentido. Parte del problema es dimensionar mejor las características del terrorismo de Estado, seguir trabajando en primer lugar sobre la idea de que cualitativamente es un fenómeno distinto a cualquier otro fenómeno de violencia en las sociedades. Cuando hay terrorismo de Estado, cuando la violencia ataca a ciudadanos y ciudadanas, no hay nadie a quien recurrir.

También necesitamos entender las distintas dimensiones del terrorismo de Estado: la dimensión política —la persecución por motivos políticos, por motivos gremiales—, la dimensión económica —o los motivos económicos— y de clase del terrorismo de Estado, y además la dimensión de género, que hace que niñas, adolescentes y mujeres hayan sido reprimidas de una forma distinta, en la que todo el peso del patriarcado se juntó con el terrorismo de Estado para generar daño, para generar situaciones de violencia sexual y un largo etcétera.

En este sentido, quiero agregar un pie de página. Los panelistas y la panelista —así como Iliana—, respondieron rápidamente que sí a la invitación. Pero es necesario no mirar para el costado y darnos cuenta de que en este evento que organizamos desde la Junta nos quedó una mesa demasiado masculinizada. Ojalá en el futuro caminemos para que estas mesas nos queden paritarias.

Hablaba de tener en cuenta los motivos o las dimensiones del terrorismo de Estado. Hubo también motivos morales. Ahí tenemos a las personas lesbianas, gays, bisexuales, trans reclamando que también fueron perseguidas por el terrorismo de Estado, particular y brutalmente la población trans.

Hay también una dimensión generacional. Hace no tanto tiempo escuchamos con fuerza a niños, niñas y adolescentes que también fueron víctimas directas del terrorismo de Estado. Eso de entender mejor lo que nos pasó para construir futuro también tiene que ver con darnos cuenta de quiénes fueron las víctimas del terrorismo de Estado, *todas* las víctimas. Por supuesto que en un proceso de terror hay víctimas directas, pero la sociedad toda es víctima, haya estado presa o no, haya sido torturada o no, etcétera. Hay un conjunto de familias que todavía hoy en día nos reclaman por sus familiares desaparecidos —por supuesto, tenemos que seguir buscando hasta encontrarlos a todos y a todas—, y hay un conjunto de familias de quienes fueron asesinados en aquel momento a las que tenemos que reparar. Y hay un conjunto de víctimas —muchas de las cuales hoy en día siguen conviviendo con nosotros y nosotras—, de presos y presas, de exiliadas y exiliados, de militantes clandestinos, a los que también tenemos que reparar. Tenemos que repararlos por los años de terrorismo de Estado, pero seguramente también por los años en que nuestra democracia no logró procesar bien estos temas y por lo tanto revictimizó a esas víctimas.

Y termino hablando de las víctimas porque está claro que cualquier cosa que hagamos las tiene que poner en el centro. Para el Gobierno departamental, lo fundamental hacia las

víctimas es la reparación, y asegurar memoria, verdad, justicia y nunca más terrorismo de Estado.

Gracias.

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Gracias, Martín.

Antes de darle paso al panel, quiero contarles que este acto está siendo transmitido por el canal de YouTube de la Udelar y agradecer a todos los trabajadores de la comunicación y de los medios que están haciendo la cobertura, porque está bueno que estos espacios también tengan difusión.

Nos acompañan el doctor Julio María Sanguinetti, secretario general del Partido Colorado —que va a dar comienzo a este intercambio—; el doctor Pablo Iturralde, presidente del Directorio del Partido Nacional; Fernando Pereira, presidente del Frente Amplio; Marcelo Abdala, presidente del PIT-CNT, y Amira Fagúndez, secretaria de Asuntos Gremiales de la FEUU. Cada uno tendrá aproximadamente 15 minutos, y después realizaremos otra ronda de intercambios.

Adelante, doctor.

SEÑOR SANGUINETTI (Julio María).- Muchas gracias.

Agradezco a la Junta Departamental por esta invitación y por esta oportunidad, y a todos quienes nos acompañan en esta tarde —o en esta noche— de reflexión.

Con ese espíritu [de reflexión] es que debe encararse este episodio histórico, que hoy, transcurridos 50 años —medio siglo—, podemos mirar en una perspectiva amplia, histórica, presente, vigente, acuciante, con todo lo que significa la carga de legados que nos han dejado esos largos años.

Lo primero que debemos entender es que el episodio de la dictadura uruguaya quiebra una larga tradición institucional del país: el Ejército no había participado en la vida política —o no había participado— desde 1904, cuando la última guerra civil. En el golpe de Estado del 33 no hubo una participación militar: fue un golpe de Estado civil. Este fue el momento en el cual se produjo la quiebra de lo que entonces, quizás con demasiado orgullo o pecado de soberbia, considerábamos la excepcionalidad uruguaya.

Esto nos viene a cuento también, cuando en estos días muchas veces se siente, sobre todo en el exterior, hablar de la excepcionalidad, que en muchos aspectos se da, sin duda. Pero no nos tenemos que envanecer tanto como para no entender que esto es una construcción diaria y permanente, y que se hace no solo de grandes gestos, sino también del trabajo diario.

De los años sesenta a los ochenta, en esos 20 años, hubo 22 golpes de Estado. Es decir, fue una etapa histórica de tormenta, una etapa histórica enmarcada en lo que en el mundo se llamó la Guerra Fría y que en nuestro medio, en nuestra América Latina, por cierto, no fue fría, sino que, por el contrario, costó mucho sacrificio, costó mucha sangre y generó mucha violencia.

Algo que importa señalar también es que muchas veces no miramos el contexto histórico para entender lo que son los acontecimientos. En aquel momento estábamos viviendo, primero, un cambio económico muy fuerte. Era una sociedad industrial que estaba entrando en crisis, que estaba generando una situación de inestabilidad. Todo aquel período de expansión industrial tan fuerte había entrado en crisis. Las industrias textiles, que eran la base de todo ese desarrollo, estaban empezando a estar en crisis; como estamos hoy,

también, en un cambio económico social muy fuerte por el pasaje de esa sociedad industrial a una sociedad digital.

Estos pasajes son fundamentales y están muchas veces en la base de los desasosiegos, de esos climas psicológicos que llevan a los pueblos a la búsqueda de soluciones extremas que luego, en manos de los demagogos, que tienen explicaciones simples para problemas complejos, o de utopías que terminan muchas veces en dogmatismos —normalmente las utopías terminan en dogmatismos—, nos conducen a estas situaciones.

Entonces, había un tiempo de turbulencia. Lo había en Europa, lo había en el mundo. Y lo había de un modo muy fuerte: había una irrupción juvenil, incluso, muy fuerte. Son los años del *hippismo*, de la crisis de Vietnam en los Estados Unidos —que se traslada a los hábitos de comportamiento—, de la liberación sexual, de la píldora anticonceptiva —más revolucionaria que lo que suele mencionarse—, en fin... Y en Europa también había un clima de turbulencia que nos llega a nosotros.

Y en Latinoamérica había otra situación, que nos llegó a todos. Por eso presento el panorama general. Nos llegó a todos: a los países que ya tenían una tradición o una reiteración histórica de golpes de Estado y a los que no los habíamos sufrido. Argentina, desde el año 30, vivía golpe tras golpe; el del 43 es el que genera la irrupción de un movimiento como el peronista, por ejemplo, aún sobreviviente. El peronismo nace de un movimiento de dentro de un golpe de Estado, con un general. Y luego hubo gobiernos como el de Illia, como el de Frondizi, que no terminan. Es decir, en la Argentina no era extraño que esto llegara a ocurrir. En Uruguay, sí. Solo quedaron afuera de este panorama de caídas Colombia y Venezuela, y en Centroamérica la siempre solitaria Costa Rica, con la cual tantas veces nos emparentamos por buenas razones.

Entonces, este es el contexto en el cual se da un Uruguay que entra en un período de revuelta social, en un período de transición económica, en un período de debilitamiento político, de confrontación política, que nos va llevando a una intransigencia —digamos así— o a una intolerancia creciente entre unos y otros, por lo cual naturalmente el diálogo político, el diálogo democrático disminuye, lo que luego deja espacio a los fenómenos de violencia.

En aquellos años estaba el sueño revolucionario, y la Guerra Fría nos inscribe, incuestionablemente, en esa dialéctica de guerrillas revolucionarias y de golpes de Estado redentores para salvar al país de esas guerrillas, unos en nombre de una utopía, de una utopía social —aun [llegando a] recurrir a la violencia—, y otros tratando de invocar a la democracia para salvarla, negándola en sí misma a través del autoritarismo. Ese fue el proceso de aquellos años.

Acá mismo, en este parainfo, en el año 61 estuvo el Che Guevara, que en aquel momento representaba a una Revolución Cubana en ascenso, que encendía el entusiasmo y la esperanza de nuestra generación y que luego va haciendo un tránsito que la ubica en otros lugares del escenario político, en una deriva que luego termina dentro del espacio comunista —o socialista, como quiera llamarse— de aquellos años. Ambos, unos liderados por Moscú y otros liderados por Washington, de un modo u otro tuvieron mucho que ver en estas cosas. Ese es un fenómeno que existió y que históricamente fue muy relevante.

Entonces, el debilitamiento de la democracia en aquellos años fue producto de un gran debate doctrinario, un gran debate filosófico que había tenido un capítulo fundamental en los años treinta y cuarenta, cuando la democracia occidental se enfrenta, dentro de su cultura, a las corrientes fascistas y nazistas, y que luego tuvo un gran debate en América Latina entre las corrientes marxistas y las corrientes genéricamente llamadas liberales, dentro de las cuales hubo patologías que llevaron al autoritarismo. Hubo patologías que llevaron, en nombre del liberalismo, a corrientes autoritarias, incluso en lo económico, del mismo modo que desde la mirada socialista también se llegó a autoritarismos —aun a totalitarismos— y

en todo caso a corrientes que buscaron la vía armada por considerar que la vía de las constituciones liberales estaba agotada.

Ese fue un momento de la historia de nuestra América Latina, un momento felizmente hoy pasado, y quienes lo miramos en esta perspectiva sentimos de qué modo importa tanto hoy cuidar lo que hemos reconquistado. Después de todo, esa fue la advertencia que en el año 61 hizo acá, en este ámbito, el Che Guevara, cuando dijo que, conociendo como él conocía América Latina, era fundamental que respetáramos la democracia que entonces teníamos, lo que significaba esa democracia, y el riesgo que representaba tirar el primer tiro, por no saberse nunca dónde ocurriría el último.

Es en ese contexto que el Uruguay va derivando hacia una situación de conflictualidad social, una situación de puja distributiva muy fuerte en lo económico, una situación de confrontación política muy airada, muy polarizada, y un debilitamiento de la conciencia jurídica, del valor de la institucionalidad democrática que irrumpe también en fenómenos de violencia armada.

No se trata acá de abrir un contencioso, sino simplemente de señalar lo que no se puede ignorar: que tenemos un proceso —en este cuadro también— de violencia armada, de guerrilla, que aparece como un ingrediente fuerte, un ingrediente que representó en algún sector de la sociedad la renuncia a la vía institucional, la renuncia a la vía política, para pasar a la vía armada, a la vía de los hechos, a la vía de facto.

Eso nos llevó, en febrero del 73, al inicio de este golpe de Estado, que comienza en aquellos dramáticos días de febrero del 73, que implica la subordinación del poder civil y que tiene su culminación en junio. Es un golpe de Estado que se da en varios meses, de un modo muy particular.

Naturalmente, todos estos episodios generan excesos, actos terroristas. Algunos de ellos venían del lado guerrillero, como secuestrar al fiscal de Corte —pensémoslo en términos actuales—, o secuestrar al embajador británico, por no señalar otros hechos, porque vuelvo a decir que no se trata hoy de pasarnos factura sino de reflexionar y pensar, pero sin ignorar los hechos, ya que estos episodios ocurrieron. Y eso, generalizando ese clima de confrontación, termina con la irrupción militar, una irrupción que fue paulatina, que no fue pensada en una perspectiva de tiempo, como en cambio lo fueron otros golpes de Estado que respondían a una visión restauradora o reinstitucionalizadora, una visión que pretendía sustituir la democracia liberal por lo que Pinochet llamó una democracia orgánica, o esos segundos apellidos que se le han puesto tantas veces a la democracia para, en el fondo, desvirtuarla.

Eso es lo que nos va conduciendo y arrastrando, en ese lapso muy dramático, a la presencia de las Fuerzas Armadas en la vida política. Las Fuerzas Armadas no habían aparecido hasta 60 días antes de la elección del 71 como titulares de la acción represiva de la guerrilla, pero que progresivamente ya habían tenido una participación fuerte, importante en la vida política, interfiriendo en ella. Los partidos políticos éramos apostrofados desde esos sectores militares, como también habíamos sido apostrofados desde sectores radicales, y eso fue generando ese clima.

Nosotros mismos tuvimos episodios que fueron marcando ese período de violencia política. En octubre del 72, por ejemplo, nosotros —que integrábamos el Gobierno en aquel momento— nos vamos cuando se produce la prisión de Jorge Batlle. Y la prisión de Jorge Batlle se produce a través de episodios en los que se va dando esa irrupción de la violencia, que contagiaba a sectores civiles y a sectores militares, algunos de los cuales coincidían.

Esto, entonces, nos lleva simplemente a señalar todo aquello que tenemos que mirar como reflexión: el valor de la institucionalidad; el valor supremo de la legitimidad del estado de derecho; el valor político de la tolerancia, de que podamos venir acá a discutir, a discrepar,

con sensibilidades o matices distintos pero en un clima que no signifique la descalificación de nadie; el valor de saber que la violencia nunca es inocua y que siempre va a generar repercusiones y reacciones, normalmente del signo contrario al que ella misma procuraba.

Queda el legado, entonces, del cuidado de los partidos políticos, del cuidado de las organizaciones gremiales, de la vida universitaria, de la separación de poderes. Los partidos políticos, tantas veces discutidos, son los canalizadores de la opinión pública, los que la vertebran para que este fenómeno de la vida democrática, que se baja en el voto ciudadano, pueda así apreciarse.

De modo que, a 50 años del golpe de Estado, desde otro momento histórico pero también de tránsito en el mundo, también de profundo tránsito científico, tecnológico, social, económico, humano en el mundo entero, debemos más que nunca cuidar esos pilares básicos de la institucionalidad democrática, que son el desafío permanente de todos los ciudadanos.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Agradecemos al doctor Julio María Sanguinetti por estas palabras.

Ahora le cedemos el micrófono a Pablo Iturralde, presidente del Directorio del Partido Nacional.

SEÑOR ITURRALDE (Pablo).- Muchas gracias, Iliana.

Muchas gracias a todos los presentes. Es un gusto estar acá. Este sábado se cumplieron 185 años de que la vieja casa de estudios creada por Dámaso Antonio Larrañaga fue transformada por Manuel Oribe en la casa mayor de estudios, la Universidad de la República.

Para mí es un gran gusto estar acá, siempre es un gran gusto. Y déjenme comenzar reflexionando acerca del tono con el que había pensado hablar —hablo en pasado—, porque conversábamos con Martín [Couto], cuando me invitó, acerca de cuál era el clima en el cual nos íbamos a encontrar hoy para conversar. Naturalmente, uno puede imaginarse que tenemos muchos puntos de vista para dar sobre esto, que tenemos muchos modos de plantearlos, de decirlos. A veces a mí me calienta bastante ponerme a repasar cosas que nos traen a momentos tan cercanos hechos tan repugnantes como el golpe de Estado del año 73.

Cuando se celebraron las primeras elecciones, en el año 84, a la salida de la dictadura, hacía apenas 50 años —medio siglo— de la ruptura institucional del 34. Y hacía 42 años de la nueva ruptura institucional del año 42. Uno a veces dice que con esos 50 años, con medio siglo de por medio, deberíamos tener la serenidad para pensar estas cosas y plantearlas en términos mínimamente de respeto. Entonces, uno se pregunta nuevamente: ¿desde dónde vamos a analizar esto? ¿Desde la perspectiva serena de ver qué fue lo que pasó, tratando de desproveernos de pasiones, o desde donde me señalan esos carteles que miro, que miré al ingresar acá? Al ingresar, yo dije "buenas noches" —porque estoy acostumbrado a saludar—, y algunas de las personas me saludaron. Pero permítanme decirles que hasta me dieron ganas de decir: "No sé si vale la pena hablar". Pero irme, callarme, la verdad, no. Yo, como decía Herrera, ni me callo ni me voy.

La primera vez que hablé acá arriba, en este paraninfo, fue el día que cayó la intervención de la Universidad; creo que Daniel Olesker también estaba por acá. En toda la lucha de la

dictadura estuve al frente en la Asceep, junto con todos los compañeros en la FEUU, así que no me callo nada. Una de las últimas veces que estuve arriba, en el Salón Dorado —se lo decía a Martín—, me había ido bastante calentito, porque la discusión de la reforma de la Ley Orgánica —estaba el rector— fue interrumpida con una serie de exabruptos, de gritos y de cartelería.

Y la verdad es que yo pensaba que todos los días madurábamos un poco más, pero me parece que es difícil.

Así que perdónenme, porque quizá esta no fuera la intención de los organizadores, pero creo que el clima es mucho más propenso para que, con respeto, digamos las cosas en crudo y sin filtro. Si no, vamos a jugar un campeonato de hipocresía, y yo no estoy dispuesto a eso. Nunca lo estuve, porque cuando hablo en nombre de mi partido trato de ser cuidadoso. Pero estoy seguro de que voy a representar a todo mi partido político con lo que voy a decir a continuación.

Refería el presidente Sanguinetti un episodio sucedido en los sesenta y tantos, cuando el entonces joven guerrillero romántico Che Guevara decía, acá al lado, "Ojo con el que tire la primera piedra", antes de haberse convertido en un asesino serial, antes de haber sido el principal persecutor de los LGBT en Cuba; basta mirar la película *Fresa y chocolate* para ver cómo los trataban hasta hace poco. La verdad es que me parece que de todo ese tiempo debimos haber aprendido un poquito más a tener el ánimo de construir una comunidad espiritual en la que nos tratáramos con un mínimo de respeto. Así que yo quiero decirles, primero que nada, que me encanta estar en este evento, participar en este evento de "Nunca más terrorismo de Estado", pero mucho más me gustaría que esto se llamara "Nunca más terrorismo". Porque cuando llegó el golpe, allá por el año 73, luego de vaivenes, de idas y vueltas, de que a algunos les gustara el tono con el que algunos militares aparentaban que iba a venir esa dictadura, que era inminente que se iba a producir —si era una dictadura con el sentido que ideológicamente les gustaba más, estaban dispuestos a apoyarla—, algunas voces de la izquierda [se levantaron]. Recuerdo particularmente la de Seregni, que dijo que era muy peligroso que en el Uruguay se viniera una dictadura, una dictadura de derecha. En realidad, lo que era muy peligroso era que se viniera una dictadura, no importaba si era de derecha o de izquierda.

Acá lo que importa es que digamos "Nunca más terrorismo". Por supuesto que nunca más terrorismo de Estado: nunca más terrorismo de ningún de tipo ni mentes autoerigidas que pensaban que podían disponer de los instrumentos a través de los cuales dictar justicia, resolver matar y a quién matar, pasar un día —porque se creían que había comenzado una guerra— por un Jeep y que se murieran cuatro soldaditos.

Entonces, nunca más terrorismo de Estado, porque además es repugnante que el Estado, que lo componemos todos, sea capaz de llevar adelante esas acciones. Pero condenemos todo tipo de terrorismo. Yo estoy dispuesto a buscar todos los...

(Corte en el sistema de audio)

Pero tampoco he encontrado las voces de las disculpas y las voces por las que hiciéramos autocrítica de todo aquello que se había hecho mal, y yo creo que ese es el camino, porque en los caminos del entendimiento nacional lo que tiene que estar primero es que nos respetemos todos.

A mí me gusta mucho una frase que usó alguien que nunca votó a mi partido, que fue colorado, que fue frenteamplista, que luego en un acuerdo volvió a votar con el doctor Julio María Sanguinetti. Me refiero al doctor Hugo Batalla. Yo creo que todos sentimos que tenemos responsabilidades, y Batalla decía que en el fondo todos somos culpables. Y no es un tema de dimensión. A mí me da la impresión de que en definitiva a veces hay cosas que no hemos terminado de entender cómo hay que canalizar. Y por eso exijo, reclamo, pido

que nos manejemos con respeto. Y por eso me parece una falta de estilo, de clase, de educación la forma en que se nos ha recibido por parte de algunas personas en este evento. Y tengo ganas de decirlo, primero que nada, para aclarar los tantos. La verdad es que, acostumbrado a que ni me callo ni me voy, tengo ganas de decirlo todo.

Respecto a los temas vinculados al evento que nos trajo aquí, lo que pasó hace 50 años, cómo comenzó esa dictadura, ¡vaya si tendremos para reflexionar! ¡Vaya si tendremos para reflexionar acerca de un tiempo tan difícil que nos tocó vivir, en el que no fuimos dueños de nuestro destino, en el que a pocos metros de acá nos reclamaban un carnecito para poder entrar, en el que en el liceo nos medían el largo del cabello! Son esas pequeñas cosas que tanto sufrimos los uruguayos. Todos tuvimos algún exiliado, algún desaparecido, algún preso más o menos cercano. Todos lo sufrimos. Y conste que todos peleamos por todos. Porque acá habrá habido algunos que se sumaron a la dictadura, pero todos los partidos institucionalmente se manifestaron contrariamente a la dictadura y fueron capaces de plantarse, de discutir, de votar un “No”, de reclamar legítimas autoridades para discutir una salida. Acá mismo sacamos expreso a algunos profesores, a algunos autores —miro a algún compañero que estaba en aquella ocasión—, a algunos que vinieron a fundamentar el proyecto de Constitución del año 80 por el que nos querían imponer una dictadura institucionalizada y unas elecciones transitorias en las que íbamos con un candidato único.

Todos los partidos estuvimos juntos. Y esa paz que tenía el Uruguay durante toda la primera mitad del siglo, que la tuvo en la década del cincuenta y en parte de la década del sesenta, se interrumpía... Yo no adjudico responsabilidades a un único lado ni digo que los responsables sean aquellos que trajeron el terrorismo por primera vez. Se ha contrapuesto la teoría de los dos demonios a la teoría del terrorismo de Estado. Yo creo que el problema es que son ciertas las dos cosas: es cierta la teoría de los dos demonios y es cierta la teoría del terrorismo de Estado. El tema está en que seamos capaces de pensar que muchos jóvenes que están acá no saben ni siquiera lo que pasó en aquellos tiempos y hoy tienen que encontrar un camino en el que se dialogue sobre estos temas.

Yo siento que hay algunos que prefieren tomar este tema como prenda de enfrentamiento. A mí, por ejemplo, me enorgullece profundamente la forma en que en este momento el Ministerio de Defensa ha procesado los archivos de la dictadura. El ministro de Defensa y el ministro de Educación han presentado un proyecto para hacerlos públicos. Lo malo antes era que no los teníamos, pero parece que ahora es que los vamos a hacer públicos. Pero ¿qué pasa? ¿Hay cosas para ocultar? ¿Hay cosas que no podemos saber? ¿Qué es lo que está pasando? ¿No tenemos que mostrar toda la inmundicia que pasó en esos tiempos, las cosas que se llegaron a decir a través de la violación de los derechos humanos de quienes estaban presos y fueron torturados y sometidos a apremios físicos absolutamente abusivos, repugnantes? ¿No es mejor que salga todo a luz? ¿O queremos decir: “Vamos a destapar solo lo que me convenga a mí y que no se destape lo que no me convenga a mí”? ¿Cómo es esto? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es lo que quieren? ¿Que a los archivos se los esconda en Presidencia? ¿Ese es el camino?

Les recuerdo la actitud del ministro Menéndez, que falleció con un dolor profundo porque su trabajo no había sido tomado en cuenta en la última Presidencia. Yo no escuché que se levantaran esas voces. Ahora, cuando vamos en un camino de trabajar en torno a temas que hagan transparente todo lo que ha sucedido ahí, nos encontramos con esto.

Yo no sé cuál es el punto. Yo vine a decir “nunca más terrorismo de Estado”, pero vine a decir “nunca más terrorismo”, vine a decir “nunca más dictadura”. De verdad, nunca más. Y vine a buscar un lugar donde se pueda dialogar acerca de cuáles son los caminos de entendimiento.

Como tampoco estoy dispuesto a dejarme agraviar en forma indirecta, voy a decir todo lo que tenga ganas. Vamos a poder discutir un rato, siempre con el afecto que le profeso a mi

amigo Marcelo Abdala desde que lo conozco —él era un liceal y yo un universitario, y trabajamos juntos en la FEUU y en la FES—, con el afecto por Fernando Pereira, con quien tantos años hemos trabajado, y con el afecto por el presidente Sanguinetti.

Redondeo ya, Iliana. No me daba cuenta del tiempo. Recién estaba por empezar a profundizar en el tema. Por suerte, tenemos un *ballotage*...

(Hilaridad)

Con el afecto por tantos de los aquí presentes, quiero tratar de hablar de las ideas y no de las personas. Quiero respetar siempre a las personas mucho más allá de las ideas que profesen.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Gracias.

Le damos la palabra ahora a Fernando Pereira, presidente del Frente Amplio.

SEÑOR PEREIRA (Fernando).- Muchas gracias, Iliana.

Agradezco a la Junta y a quienes han venido a escuchar este intercambio.

En primer lugar, nos parece que vale la pena conversar sobre esto. Vale la pena conversar sobre esto 50 años después. Muchos de nosotros no vimos la dictadura de lejos: nuestras familias dejaron de existir. Hoy somos personas que llegamos casi a los 60 años. Nuestros padres perdían el trabajo, nuestros tíos iban presos sin haber cometido ningún delito, salvo el de defender sus ideas.

Entonces, claro que esto genera mucha pasión, mucho entusiasmo, pero hay que controlarlo, para generar un clima de intercambio lo más razonable posible. Pero eso no quiere decir esconder las diferencias; de hecho, no las escondemos.

No hay ningún frenteamplista que no quiera que se presenten los archivos, que se publiquen. Sí hay frenteamplistas que queremos que se cuide a las víctimas. En la medida en que se cuide a las víctimas, publiquen desde la primera letra hasta la última, que no van a escuchar ninguna condena del Frente Amplio. Eso fue lo único que hemos dicho. A partir de eso, se han construido tantas fábulas sobre una frase —por suerte fue grabada por el informativo en el que trabaja Iliana— que dentro de poco van a decir que dije que no publicaran los archivos. Lo único que dije fue: "Como recomiendan los académicos uruguayos, hay que tener cuidado con las víctimas". Hay que conversar para tener esos cuidados, para no revictimizar a las víctimas.

Me consta por familiares míos que 40 años después [hay quienes] no han hablado de la tortura que sufrieron durante semanas, meses o años. Familiares míos estuvieron presos unos cuantos años, y algunos de ellos no han vuelto del exilio. ¡Y claro que es doloroso!

Nos parece que el golpe de Estado fue un punto de inflexión en un proceso de deterioro de las libertades, de avance autoritario a nivel nacional y regional. El terrorismo de Estado no es producto de una aventura trasnochada [sucedida] en Uruguay, sino que formó parte de una estrategia instrumentada en el marco del Plan Cóndor, una coordinación internacional que tuvo como objetivo el exterminio de parte de nuestras poblaciones con el fin de imponer un proyecto económico y social.

Y digo esto porque en Uruguay existió la Operación Morgan, que significaba la eliminación del Partido Comunista del Uruguay. Esto no puede quedar por fuera de la lógica. Esto no

puedo quedar en el olvido. Tiene que ser parte de la reflexión. Hubo intención de la dictadura cívico-militar de exterminar un partido, como hubo operaciones en Argentina, en el marco del Plan Cóndor, con la intención de eliminar sectores enteros, entre ellos el Partido por la Victoria del Pueblo.

Y también sufrieron la dictadura militar sectores pertenecientes a los partidos tradicionales o a los sectores moderados de la izquierda. El ejemplo tal vez más duro o el más conocido sea la prisión del general Líber Seregni durante más de 10 años. Él tuvo, durante su prisión y luego de ser liberado, actitud de paz para encontrar una salida democrática y también —desde la cárcel— para alumbrar al resto acerca de que había que mostrar que el Frente Amplio estaba vivo y que en el fondo la instauración del Frente Amplio en la sociedad uruguaya y en el sistema político tenía que ver con la lógica del fortalecimiento democrático y con que otras voces se escucharan en el Parlamento. Y creo que a la postre lo logró. Hoy uno puede ver en el Parlamento muchas voces obreras, muchas voces académicas, muchas voces culturales, muchas voces diversas.

La tortura, la desaparición forzada, el miedo y la censura son dispositivos para los cuales se preparó a personas. Esto se preparó, no fue una cuestión circunstancial que se dio. Se prepararon para este evento tan desgraciado, y no solo en Uruguay, como lo planteaba el doctor Sanguinetti. La disolución del Parlamento en la madrugada del 27 de junio fue el punto de llegada de un proceso de deterioro de la democracia.

Y en el mismo día hubo una acción que probablemente haya marcado la historia de nuestro país pero que probablemente haya marcado mucho la historia heroica de los trabajadores uruguayos. El mismo día del golpe de Estado se iniciaba una huelga general con ocupación de los lugares de trabajo, y entre esos lugares estaba la Universidad de la República, a la que desde ese momento le doy mi reconocimiento. Porque una cosa es parar y ocupar, y otra cosa es parar y ocupar contra personas que estaban dispuestas a dañar, a proscribir, a desaparecer, a torturar, a exiliar, a destituir.

Eso lo tuvimos que enfrentar todos. Hay hombres y mujeres de todos los partidos que sufrieron, como dijo Pablo [Iturralde], persecuciones de distinto tipo. En el Parlamento nacional fuimos capaces de escuchar voces de todos los partidos, y una de las que más pudimos escuchar es la de Enrique Rodríguez, que dice:

Más allá de todo esto, surgirá un pueblo que como aquí se ha dicho, no ha nacido para ser esclavo y, en el centro de ese pueblo —que nadie lo dude, que nadie tenga un asomo de duda—, estarán las fuerzas que componen el núcleo político que nosotros representamos y dentro de él estará, lo digo con orgullo, con la bandera desplegada en su forma más alta y gallarda, la clase trabajadora del Uruguay que nunca ha fallado a las causas populares y que no fallará ahora.

Y, de hecho, no falló. La clase trabajadora pagó con prisión, con exilio, con tortura, con desaparición forzada. A muchos de los trabajadores de la Dirección de la CNT del año 73 todavía no los hemos podido encontrar.

Dice el colorado Amílcar Vasconcellos:

(...) cosa curiosa es que quienes se ofendieron y se agraviaron hace poco tiempo porque dijéramos que estaban preparando en la sombra estos hechos que se están desencadenando contra el país, sin provenir de acciones judiciales, lleguen a este término de confirmación pública ante el país, la historia, América y todo el mundo de que todos aquellos motivos presentes de agravio, no eran otra cosa que la máscara con que pretendían tapar sus verdaderas intenciones. Digo esto, porque los hechos, mucho más elocuentes que las palabras, ahí están.

Wilson Ferreira Aldunate, líder de Pablo Iturralde, pero también en buena medida líder de un sentir común de los uruguayos, de una forma de sentir de los uruguayos —creo que hay personas que logran esto— decía lo siguiente:

Si ello llegara a confirmarse, señor Presidente, nuestro Partido Nacional se considerará en guerra contra el señor Juan María Bordaberry, enemigo de su pueblo. Los señores senadores me permitirán que yo, a pesar de que la hora exige emprender la restauración republicana como una gran empresa nacional, haga una invocación que me resulta ineludible, a la noción más intensa que dentro de nuestra alma alienta, y perdonarán que yo, antes de retirarme de la sala, arroje al rostro de los autores de este atentado el nombre de su más radical e irreconciliable enemigo, que será, no tengan la menor duda, el vengador de la República: el Partido Nacional. ¡Viva el Partido Nacional! —decía—.

Y el frenteamplista Rodríguez Camusso planteaba:

Digo, señor Presidente, que más allá del acontecer inmediato, por trascendente que sea, nosotros sabemos que históricamente nuestro país saldrá adelante, porque tenemos fe insuperable en el protagonista insustituible de su destino, que es el pueblo, consciente, organizado y militante y, porque confiamos en el pueblo...

También quedan guardados en la memoria los silencios cómplices que abrieron las compuertas a la dictadura cívico-militar que tanto dolor sembró en el país.

El saldo del terrorismo de Estado es trágico. Muchas veces no nos paramos a ver esto. Dejó 116 asesinados, 197 desaparecidos, miles de presas y presos políticos. Según Serpaj fueron 9.000; de acuerdo con otras organizaciones, entre 7.000 y 8.000. ¡Imaginemos ese número en el Uruguay! Toda la sociedad perseguida.

El psiquiatra Marcelo Viñar decía que el orgullo por lo propio, por lo que nos define como sociedad, se rompe, se hace añicos, porque la gente vivió en un estado de amenaza constante. Vivió con el temor a la prisión arbitraria, con el temor a la tortura. Porque la tortura no toma solo como blanco a las víctimas. La tortura es un estado genérico que afecta a toda la sociedad a la que está dirigida. En nuestro país no sabemos con exactitud cuál fue la cantidad de presas y presos políticos —como decía—, pero está entre 7.000 y 9.000 la de los que alguna vez fueron detenidos, presos y torturados.

Pertenezco a una fuerza política que es hija de ese tiempo. Y los dolores de esos años marcaron a fuego para siempre la identidad democrática, que constituye uno de los pilares que nos hizo nacer como fuerza política, y marcaron para siempre nuestro talante.

La identidad frenteamplista es un torrente de inclusión en las convicciones democráticas. La democracia no es un patrimonio exclusivamente frenteamplista, pero nuestra democracia es más sólida con el surgimiento de una fuerza política que incorporó a la construcción democrática sensibilidades, demandas programáticas y actores sociales. La historia de la resistencia a la dictadura tiene en sus páginas actos de entrega admirables en las luchas sociales y políticas que le hicieron frente. En ese sentido, puedo decir que cada uno de los frenteamplistas se siente familiar de los desaparecidos. Por eso, cada 20 de mayo decenas de miles de uruguayos, frenteamplistas y no frenteamplistas, militantes de todos los partidos, militantes de todas las organizaciones sociales, a lo largo y ancho de todo el país marchamos, nos movilizamos, colgamos algún papel identitario con las consignas "¿Dónde están?", "Nunca más terrorismo de Estado", "Verdad y Justicia".

Tenemos un compromiso de más de 30 años con la memoria. Durante nuestros gobiernos no pudimos avanzar todo lo que hubiéramos querido, y eso probablemente sea una de nuestras principales autocríticas. De todas maneras, logramos ingresar a los cuarteles a

buscar a los desaparecidos. Se encontró a Ubagésner Chaves Sosa, militante comunista desaparecido el 28 de mayo de 1976; a Fernando Miranda, militante comunista detenido el 30 de noviembre de 1975; a Julio Castro, maestro, sindicalista, periodista e integrante del Frente Amplio, desaparecido en agosto de 1977; a Ricardo Blanco, sindicalista y miembro del PCR —fue hallado el 16 de marzo de 2012—; a Eduardo Bleier, militante comunista desaparecido en octubre de 1975.

Algunos avances se han producido, y de hecho hay una cantidad de violadores de los derechos humanos que hoy están presos en Domingo Arena. No comprendemos bien cómo se puede pedir la libertad o la prisión domiciliaria de quienes cometieron delitos tan atroces.

Lo que más nos sorprende es cómo en nuestro Parlamento democrático, elegido democráticamente, un parlamentario pueda sostener que en 1974 las "muchachas de abril" fueron asesinadas para defender las instituciones del Uruguay. En 1974 no funcionaba en el Uruguay ninguna institución. No había institucionalidad. Lo que había era una dictadura feroz que arrasaba con todo; entre otras cosas, con el salario de los trabajadores. Tal vez en el dolor de las víctimas no queramos mencionar uno de los aspectos más nefastos de la dictadura, que fue que bajó el salario de los trabajadores a la mitad. Solo entre el año 74 y el año 81 se perdieron 37 puntos de salario real; hubo una transferencia de 5.000 millones de dólares de trabajadores a otros sectores de la sociedad. Probablemente, en el medio de un debate por los derechos humanos, esto pueda verse como un tema accesorio, pero la dictadura también tenía objetivos económicos y sociales vinculados con el Plan Nacional de Desarrollo que la propia dictadura mencionaba.

Por supuesto que en estos temas podemos tener diferencias, matices, como han planteado el presidente Sanguinetti y el presidente del Directorio del Partido Nacional, Pablo Iturralde. Pero creo que no debe haber ninguna duda ni ninguna diferencia en cuanto a las democracias, por más defectos que tengan, por más problemas que tengan, por más enfrentamientos o incluso por más polémicas que tengan. ¡Ojalá las polémicas no dejen de existir! No me gustaría vivir en un país en el que las polémicas estuvieran prohibidas, en el que para entrar al liceo nos midieran el largo del pelo, en el que nos llevaran a la comisaría sin ningún otro motivo que habernos dejado la barba un poco larga, en el que sesgaran nuestras ideas simplemente por ser familiar de tal o de cual.

La de defender la democracia es, para el Frente Amplio, una bandera fundamental. No pensaba leer. Leí porque se generó un estado de ánimo en el que no quería salirme de las principales reflexiones que el Frente Amplio tiene. Nadie es dueño de la verdad en el Uruguay. La verdad la vamos a construir entre todos. Que nadie tenga dudas, [que nadie piense] que el Frente Amplio quiere esconder la verdad. De hecho, ha peleado y ha luchado por verdad, memoria y justicia. Si se publican los archivos cuidando a las víctimas, cuenten con el Frente Amplio. Nunca piensen que el Frente Amplio va a estar de un lado que no sea el de la verdad.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Agradecemos a Fernando Pereira.

Ahora le damos la palabra a Marcelo Abdala, presidente del PIT-CNT.

SEÑOR ABDALA (Marcelo).- Muchas gracias.

Quiero saludar a la Junta Departamental, que organiza la actividad, así como a la Universidad de la República —por su hospitalidad—, a los panelistas y a todas y todos los

presentes.

Yo creo que hoy es un día de reflexión desde las perspectivas de los participantes y es un día de lucha ideológica. Yo creo que la construcción democrática, los procesos de síntesis tienen que ver con hablar desde el respeto al ser humano, al que piensa distinto, pero también con plantear abiertamente los puntos de vista que uno tiene. Eso construye posibilidades de síntesis superiores. Cuando exponemos, nos exponemos, y las que puján, las que se contradicen, las que se confrontan son las ideas, las categorías, las formas que cada sector social, cada clase, cada sector político-ideológico eventualmente aporta al debate público.

Nosotros nos vamos a referir, entonces, a cuatro cuestiones.

La primera de esas cuestiones es, respecto a la génesis de lo que culmina en el golpe de Estado —desde nuestra perspectiva—, dónde están las responsabilidades. Y ahí notoriamente vamos a tener una polémica con la teoría que se ha vulgarizado, que se ha popularizado como la de la confrontación entre dos demonios. Nosotros creemos que hay otras razones profundas en la historia. En segundo lugar, nos vamos a referir a un aspecto que prácticamente está vedado en el debate público. Se habla de dictadura militar, a veces se completa esta categoría con el concepto de cívico-militar —porque también hubo civiles—, y nosotros queremos aportar [elementos] para desentrañar el contenido de clase de la dictadura. En tercer lugar, vamos a rescatar de la memoria el papel de la clase obrera organizada. Y, en cuarto lugar, vamos a dar, en el acierto o en el error, alguna pista de cómo es que se construyen las condiciones para que efectivamente nunca más haya terrorismo, nunca más haya terrorismo de Estado y podamos, definitivamente, organizar una convivencia pacífica y próspera en el marco de un camino de profundización de la democracia.

En torno a lo primero, quisiera decir que no es un debate menor. Si nosotros equiparamos las responsabilidades que luego cristalizaron en el golpe de Estado, desde nuestro punto de vista estamos generando una condición en la cual se terminan ocultando para la sociedad los verdaderos procesos que estuvieron en curso y que desembocaron en esa circunstancia aciaga, negra, digamos, no querida por el conjunto de la ciudadanía y de la población.

Por otra parte, la polarización —desde el punto de vista de la lucha ideológica y política— no se puede establecer entre presuntas utopías que no tenían que ver con el respeto a la institucionalidad y a las normas constitucionales y actores mesiánicos que en defensa de la democracia apelaban al golpe de Estado. Si no, no hay explicación, por ejemplo, para un fenómeno que de manera concomitante a los acontecimientos de nuestro país se da muy cerca, solamente que, en vez de en junio del 73, se da en setiembre del 73. Me refiero al proceso chileno, irreprochable desde el punto de vista de la prolijidad en torno a las vías del avance democrático y popular de respetar la Constitución de la república chilena.

Es notorio que los acontecimientos que se desplegaron en nuestro país tuvieron, desde un punto de vista general, un gran titiritero, un protagonista. A esta altura, a confesión de parte, relevo de pruebas. Porque se están desclasificando documentos de las entrañas del imperialismo norteamericano que, al influjo de la Revolución Cubana y de una influencia gravitante en América Latina —no desde el punto de vista de la lucha armada, sino desde el punto de vista de las luchas populares por una vida mejor—, organizó una contraofensiva en todo el continente y desarrolló —en acuerdo con las oligarquías criollas, lo que en su momento se llamaba "la rosca", el gran capital financiero de nuestros países— una contraofensiva, particularmente en el sur de América Latina. Da [idea] clarita de esto la simultaneidad histórica de los golpes de Estado: en el año 64, en Brasil; en junio del 73, en Uruguay; en setiembre del 73, en Chile, y en marzo del 76 —unos años después—, en Argentina.

En definitiva, es verdad que había una crisis estructural en la base socioeconómica de la sociedad uruguaya, y es verdad que había un ajuste que comenzó —desde nuestra perspectiva— en una fase de cambios regresivos con la reforma cambiaria y monetaria de Azzini, con las políticas económicas que luego finalizaron en la congelación de los salarios más que de los precios y, al mismo tiempo, en la represión contra el movimiento popular, procesos que venían de antes. En nuestro caso, los metalúrgicos —huelga histórica en Ferrosfalt—, se asesinó a María del Carmen Díaz, a Líber Arce, a Hugo [de los Santos], a los mártires de la 20...

Entonces yo creo que, en definitiva, el golpe de Estado en Uruguay tuvo un propósito: interrumpir un proceso de organización social, de acumulación de fuerzas, de unidad amplia y sin exclusiones de todo el pueblo para revertir ese proceso histórico en beneficio de determinados intereses económicos. Y esos intereses económicos se pueden confrontar —si es cierto que la historia y la práctica son el criterio de la verdad— con los resultados socioeconómicos que dejó la dictadura desde el punto de vista de la distribución de la riqueza entre las clases.

Por lo menos, en nuestra perspectiva, no se trató de la puja entre dos demonios, sino de que los sectores más reaccionarios, más *fascistizantes*, digamos, de las clases dominantes y del alto poder económico organizaron una escalada paulatina de vaciamiento de las instituciones, de vaciamiento de la democracia, y en definitiva dieron un golpe de Estado contra la gran mayoría del pueblo y su acumulación de fuerzas. Porque los sectores que apelaban a formas violentas de acción política estaban derrotados militarmente cuando el golpe de Estado, y la clase obrera, la clase trabajadora, los sectores democráticos en definitiva apelaron a formas democráticas de lucha para cambiar la realidad.

En segundo lugar, desde nuestra perspectiva la dictadura fue la dictadura terrorista abierta y descarada del capital financiero. Fue una dictadura fascista, con independencia de cómo esto se expresa —con sus singularidades— en cada país. Si uno analiza el contenido de clase de la dictadura, es clarísimo que la dictadura no solamente conculcó las libertades democráticas y no solamente organizó el terrorismo de Estado. Y el terrorismo de Estado fue contra todo el pueblo, porque lo sufrió nuestro hermano el desaparecido, el preso, el torturado, el exiliado, los sectores políticos proscriptos, y lo sufrió también el estudiante que no sabía nada de política pero tenía que tener dos dedos de distancia entre el pelo y la camisa —porque, si no, no podía entrar al liceo— y lo sufrió también quien sufrió las razias.

Fue un clima que, desde nuestra perspectiva, tuvo un contenido de clase que surge a las claras. Durante los años de la dictadura, el producto bruto interno no dejó de crecer. Sin embargo, el poder de compra de los salarios a la salida de la dictadura era un 50 % del poder de compra que tenían al principio. Por tanto, hubo una transferencia neta de recursos desde el bolsillo de los trabajadores hacia determinados sectores del gran capital, a los que no le fue mal en la época de la dictadura.

Por esa razón, en los mecanismos de combinar movilización democrática, movilización pacífica contra la dictadura, mecanismos de diálogo y de concertación, procesos para generar la base de algunos acuerdos programáticos —recuerdo, al final de la dictadura, la Concertación—, uno de los compromisos básicos, que fue efectivamente cumplido, era que se saliera de la dictadura y se convocaran los consejos de salarios.

Por tanto, la dictadura no fue solamente militar, fue cívico-militar, y no solamente fue cívico-militar, sino que además tuvo determinado contenido de clase.

En tercer lugar, y sin desmedro de todos los actores democráticos que actuaron en defensa de las instituciones y en defensa de la democracia en el período de la dictadura, nosotros estamos convencidos de que, si hay un actor por excelencia que no solamente hizo declaraciones políticas, —que de por sí son importantes— o acciones propagandísticas,

sino que se jugó la vida en defensa de la democracia, este fue la clase obrera organizada de nuestro país. No solamente porque en los antecedentes del golpe de Estado, cuando se traían las doctrinas del enemigo interno, cuando se traía a la CIA a entrenar a futuros torturadores, cuando, en definitiva, existían ruidos de golpe de Estado, decidió enfrentar la dictadura con una huelga general —y esto fue antes del 73; fue en el 64, cuando el intento de Aguerrondo—, sino también porque trabajó sistemáticamente para el éxito y la preparación de la Huelga General.

La Huelga General no fue espontánea. Don Rosario Pietraroia, viejo dirigente de los metalúrgicos, siempre nos contaba cómo hacían prácticas en el metal para en una hora llegar a 150 fábricas a efectos de que se cumpliera la decisión de la CNT. La clase trabajadora, junto a los estudiantes, al mundo universitario, a la adhesión de los partidos políticos democráticos a esta causa, se jugó la ropa con una huelga general que, si bien no logró tirar abajo la dictadura, la hizo nacer herida de muerte, aislada de cualquier base de apoyo social. Y después de la Huelga General —que fue un hecho heroico, formidable en cuanto a las fábricas, a los lugares de trabajo que se ocupaban: venían los militares, los desalojaban, los obligaban a salir, y los trabajadores ocupaban de vuelta—, no le dio un minuto de tregua a la dictadura.

Por eso, si nosotros analizamos contra quiénes se concentró más bestialmente el terrorismo de Estado, la represión, vamos a encontrar que siempre lo hizo contra todos los sectores democráticos, pero en particular contra la clase obrera organizada, que sistemáticamente actuó en la cárcel, en el exilio, en la clandestinidad para alumbrar un futuro democrático para la República. La misma clase que no disparó una bala antes de la dictadura, sino que apeló a la movilización y a la lucha, obviamente para defender sus intereses frente al gran capital y a la rosca oligárquica, pero también para construir en paz una salida democrática, incluso intentando en algunos casos aislar a los sectores más fascistas del Ejército con un compromiso democrático por el que efectivamente se jugó la vida.

El primer desaparecido que logramos hacer aparecer, Ubagésner Chaves Sosa, era de la Dirección Nacional de la Untmra. Y nuestro Instituto de Investigación y Formación de la Central se llama Cuesta Duarte en homenaje a don León Duarte, dirigente sindical de Funsu, y a Gerardo Cuesta, dirigente sindical metalúrgico.

Obviamente que hubo resistencia de nuestro pueblo, obviamente que no hubo ni un minuto de tregua a la dictadura y que hubo unidad sin exclusiones de los sectores democráticos para, con lucha democrática, con lucha de masas —porque fue así, no me lo contaron; yo pude participar con 15 o 16 años—, generar una salida democrática, que tuvo sus dificultades, ya que se dio con sectores proscritos, con dirigentes proscritos, pero que construimos entre todos.

Por último, ¿cómo hacer para que nunca más haya dictadura? En primer lugar, creo que todos debemos abreviar —y esta no es una cuestión menor— en la consideración de que la amplitud y la profundidad de la democracia, los derechos humanos y las libertades individuales no son mecanismos solamente instrumentales, sino la forma en que vehiculizamos los programas en los que cristalizan nuestros intereses. Esto no es menor. Es decir, cualquier deriva antidemocrática —sea del signo que sea— debe ser rechazada.

Pero, a su vez, ya entrados en el siglo XXI —y termino con esto—, la democracia no debe ser solamente una forma de elección política a partir de todo lo que yo estoy diciendo sobre la importancia de la democracia representativa, sino que también debe ser participativa. Y la democracia se tiene que fundir, soldar con la vida cotidiana de la gente. No es democrático si crece el producto bruto interno y se achica el salario. No es democrático, en un país rico en alimentos, si hay más de 80.000 pobres nuevos. No es democrático que la gente tenga que vivir, como vive en muchos casos, en asentamientos. Por tanto, las dimensiones de los derechos reales y de un programa económico-social diseñado, construido

democráticamente por las grandes mayorías es un aspecto central de la convivencia democrática.

Obviamente, en ese cuadro, desde nuestra perspectiva, son enormes los 20 de mayo. Participamos junto a Familiares en la organización de los 20 de mayo. A partir del protagonismo de Familiares hay una cuestión que es fundante, y es que efectivamente tenemos que avanzar en verdad y justicia, en que quienes participaron en el terrorismo de Estado sean debidamente juzgados y condenados. No es solamente que se sepa la verdad, sino que también haya juicio. Y en ese marco, con todas las luchas y polémicas ideológicas que hacen parte de la construcción democrática, nosotros, en tanto clase, no es que levantemos utopías que luego se puedan convertir en autoritarias, sino que no renunciamos a un horizonte democrático en el cual se democratice la propiedad y la gestión de los medios principales de producción, porque es así como se define la calidad de vida de la gente.

Saludo nuevamente este debate. Agradezco a los asistentes. Es bien importante esto para generar los consensos —y aquellos aspectos en que debemos disentir— que ayuden a la pública felicidad, como decía don José Gervasio Artigas.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Le agradecemos a Marcelo Abdala.

Le damos la palabra a Amira Fagúndez, secretaria de Asuntos Gremiales de la FEUU.

SEÑORA FAGÚNDEZ (Amira).- Muchas gracias.

En primer lugar, desde la FEUU queremos agradecerle la invitación a la Junta Departamental de Montevideo y a sus funcionarios, que han hecho posible la actividad y han estado trabajando para ello. También queremos agradecerle a la Universidad por brindarnos esta casa, y como parte de esta Universidad —aunque no organizamos la actividad— también queremos darles la bienvenida a esta casa, que para nosotras y nosotros es una casa de la democracia.

Desde la Federación queremos compartir algunas notas, sobre todo respecto a aquello sobre lo que nos invitan a debatir hoy acá, que es el rol de los movimientos sociales, principalmente el rol del movimiento estudiantil, ante la Huelga General.

Nuestro movimiento estudiantil es uno de los más viejos en el país. Nace y se organiza con jóvenes que desde muy temprana edad reconocen que la educación, en especial la educación pública, es un derecho universal que debe atravesar toda la vida de las personas y que el alcance de la educación pública no debe ser estrictamente la formación en una larga lista de disciplinas, porque la educación pública pertenece al pueblo y las aulas deben ser espacios en los que germine la formación de ciudadanas y ciudadanos integrales, donde haya lugar para el debate y la formación crítica en base a las problemáticas que nos rodean, para construir ideas y seres sensibles a las injusticias.

Hace más de 100 años que el movimiento estudiantil uruguayo se organiza en torno a eso, a la idea de defender a la educación pública y a las instituciones, que es defender la democracia, trabajando cotidianamente con la mayor unidad y amplitud posible para conquistar nuevos y más profundos derechos.

Los antecedentes que llevan al movimiento estudiantil, y en particular a nuestra federación, a ser parte organizadora, junto a la CNT, de la heroica Huelga General no tienen nada que ver con el espontaneísmo o la improvisación, sino que tienen que ver con la firme convicción de generar un proceso de agitación y movilización de todos los sectores de la sociedad para

que la dictadura naciera aislada y sin base social. Tampoco debía sorprender a nadie esa resolución cuando veníamos de muchos años de construcción unitaria del campo popular. La Huelga General era necesaria para combatir la dictadura, pero también para cimentar trincheras de resistencia ante el autoritarismo que venía desde años anteriores generando campañas de mentiras en contra de la organización estudiantil, en contra del sindicalismo, militarizando los empleos públicos y los centros educativos, y reprimiendo la protesta con la justificación de que había que imponer orden, cuando los uruguayos y las uruguayas, cansados del empobrecimiento y el hambre, tenían todo el derecho a expresarse.

¿Qué hacía el movimiento estudiantil durante la Huelga General? La FEUU, como lo sigue haciendo en la actualidad, participaba en la Mesa Representativa de la CNT, hoy PIT-CNT. Y siendo consecuentes con una de las resoluciones fundacionales de la CNT de organizar la Huelga General en repudio del golpe de Estado, la FEUU también convoca a la Huelga General apenas se hace pública la noticia de la disolución de las cámaras. A tempranas horas del 27 de junio se comienza la huelga con la ocupación de las facultades, también de esta facultad.

Durante esos días, los centros educativos universitarios se convirtieron en espacios de resistencia —con enormes asambleas estudiantiles— y también espacios de solidaridad con el movimiento sindical. La unidad obrero-estudiantil fue forjada en el 58 con las movilizaciones para conquistar la Ley Orgánica de la Universidad, y con ella su autonomía y el cogobierno, lo que le confiere hasta el día de hoy —por suerte sigue vigente la ley— la responsabilidad política de utilizar sus recursos para estudiar, enseñar, investigar y producir conocimiento para los intereses populares. Con la Huelga General se ponía en práctica, una vez más, la histórica consigna de "Obreros y estudiantes, unidos y adelante", organizando, a través de las mesas zonales, con los sindicatos del territorio, la propaganda y agitación en contra de la dictadura, buscando mayor apoyo social y organizando las ollas populares.

Ese 27 de junio sesiona el consejo directivo de nuestra Universidad para evaluar la situación. Cuando nos invitaron estuvimos buscando muchas actas y mucha información —por suerte, corrió bastante tinta al respecto—, y queremos citar la declaración de la Universidad ante el golpe de Estado:

La convivencia social en nuestro país tan injustamente deteriorada por actos de los cuales han sido responsables principales el Poder Ejecutivo y poderosos grupos económicos se daña aún más por estos hechos.

Junto a índices objetivos de retroceso —tales como el estancamiento de la producción, la desocupación, el desabastecimiento, la inflación, la desigual distribución del ingreso y la deuda externa— se agudizan, hasta extremos nunca vistos, el deterioro de la salud y la enseñanza pública, todo lo cual revela la ineficacia y la injusticia de las estructuras económicas y sociales actuales que tienen en la política del gobierno su apoyo fundamental.

(...)

El camino que acaba de elegir el Poder Ejecutivo reafirma una vía que es todo lo contrario de lo que los más altos intereses populares reclaman. Se ha optado por instaurar una dictadura que divide el país, en lugar de intentar un esfuerzo concurrente en favor del progreso y el desarrollo nacional.

Ante estos sucesos la Universidad de la República expresa serenamente que no medirá sacrificios para dar cumplimiento a sus fines, que la identifican con la felicidad pública, y no, con la regresión y la barbarie. Por tanto, el Consejo Directivo Central exhorta a todos los universitarios, cualesquiera sean sus tareas, a luchar conjuntamente con la totalidad del pueblo (...) contra el afianzamiento de la dictadura, por el restablecimiento pleno de la vigencia de

las libertades y por la reconstrucción del país en un marco de efectiva democracia política (...).

En la construcción de esta tarea estarán juntos el pueblo y su universidad.

Días después también se expresan muchas de las facultades en la Asamblea General del Claustro, y se solicita la renuncia al presidente golpista Bordaberry.

Varias fueron las declaraciones, pero también las acciones concretas de la Universidad para intervenir en la situación política y colaborar con una alternativa pacífica de salida.

Uno de los hitos importantes —también lo mencionaron— es el acto que se da en este mismo espacio durante la Huelga General: un CDC abierto, con cientos de personas dentro y miles rodeando la Universidad, lo que desembocó en una movilización hasta el Obelisco, encabezada por las estudiantes, los docentes, los funcionarios, el propio rector de la Universidad y otras autoridades. Esa fue una de las primeras movilizaciones llevadas a cabo durante la Huelga General.

También buscamos —en parte, para reconstruir nuestra historia— algunas de las declaraciones que hacía la FEUU en ese momento. Una de ellas, que queremos remarcar, dice lo siguiente:

Se emplaza hoy al movimiento popular para levantar la ocupación y la Huelga General, bajo la amenaza de reprimir a cualquier precio. Pero el pueblo no está dispuesto a aceptar tiranías de ningún tipo, no está dispuesto a dejarse pisotear por los privilegios que reprimen y hambreadan al mismo tiempo que hablan de paz y diálogo. Hoy más que nunca luchar es la consigna: mantener la huelga, salir a la calle, a los barrios, organizar y coordinar a todas las organizaciones populares desde las fábricas, centros estudiantiles, comités de base, informando y agitando las soluciones que el pueblo propone.

(...)

Por eso hoy la FEUU llama a todos los estudiantes conscientes de su tarea histórica a ocupar y mantener la huelga, a comprometerse sin límites de ningún tipo con la movilización que hoy es el imperativo de la hora.

Solo con el esfuerzo, la acción sacrificada y la lucha sin pausas obtendremos la victoria.

Nada podemos esperar sino de nosotros mismos.

Así cerraba la declaración que anunciaba la Huelga General.

Nos detenemos en este pedazo de la historia y recurrimos a las actas, porque en la actualidad siguen existiendo discursos negacionistas de los hechos. Se sigue intentando recurrir al olvido, a la mentira y a los discursos de odio. Incluso se han justificado hechos vinculados al terrorismo de Estado o se intenta muchas veces reescribir la historia.

En estos espacios entendemos importante ser claras en el relato de la historia, en lo que refiere a la construcción de la verdad y la memoria, para construir mejor democracia y, además, para reafirmar nuestro compromiso de "Nunca más terrorismo de Estado".

"Luchar es la consigna", decía la FEUU en 1973, declarándose en contra del golpe de Estado, y miles de estudiantes de todo el país se sintieron convocados al llamado en pos de la defensa de la libertad.

Hoy hablamos de la Huelga General a sus 50 años, porque hay cosas que el pueblo no puede ni debe olvidar. A estudiantes como yo, a hombres y mujeres simples como cualquiera de ustedes se los torturó y asesinó para acallar sus ideales, para que no defendieran lo que creían justo. Se intentó aleccionar a través de la violencia a miles de

personas.

Hablar de la Huelga General a sus 50 años significa denunciar los crímenes que aún siguen sin justicia. Significa, para los movimientos populares y democráticos, recordar y homenajear a quienes el terrorismo de Estado les quitó sus vidas. Significa, para nosotras, honrar la vida.

La FEUU no podría estar acá sentada y no mencionar a Ramón Peré, nacido en Soriano, padre de Andrés y de Nancy, estudiante de veterinaria y militante de la FEUU, que con 28 años fue asesinado. El 6 de julio le quitaron la vida con un balazo efectuado por un efectivo policial vestido de particular a pocas cuadras de la Facultad de Veterinaria, la cual estaba siendo ocupada en el marco de la Huelga General.

A Ramón lo velamos a pocos metros de donde estamos ahora, acá, en el *hall* de la Universidad, mientras esta era cercada por efectivos militares. Y aunque la represión aumentaba para derrotar a la Huelga General, ese día el pueblo uruguayo volvió a movilizarse pacíficamente convocado por el dolor y la rabia de que habían matado a otro estudiante. Esa misma noche del domingo 8 de julio, en el barrio Piedras Blancas, es asesinado por la espalda el estudiante de secundaria de 16 años Walter Medina mientras pintaba en un muro "Consulta popular".

El último rastro de democracia que vivimos fueron las elecciones universitarias del 12 de setiembre de 1973. Las primeras elecciones universitarias con voto obligatorio, definido así por la dictadura, que subestimaba la capacidad de movilización de nuestra federación y de todas las personas que defendían la democracia en nuestra Universidad. Convencidos estaban de que, al ser obligatorio, nuestro lema de ese momento, "Libertad y autonomía" —compartido con docentes y egresados—, no iba a tener grandes respaldos. El voto en blanco apenas alcanzó el 2 %, y nuestro lema obtuvo la inmensa mayoría en los tres órdenes. Un mes después, intervinieron la Universidad de la República y proscibieron a la FEUU, la cual pasó a militar en clandestinidad. Esa fue la respuesta del gobierno golpista a las fuerzas democráticas de la Universidad del pueblo.

En clandestinidad o en dictadura, la militancia estudiantil se constituyó en un espacio imprescindible de lucha por un país mejor. Las jóvenes militantes de ahora somos herederas de una rica historia a la que también consideramos orgullosamente propia, y estamos intentando ser fieles a ella.

Es con esa historia presente que nuestra federación se posiciona siempre junto a nuestro pueblo en la defensa de los derechos. Porque si hablamos de democracia, tenemos que hablar de derechos. Y no podemos dejar de mencionar las nefastas reformas que se llevan adelante. Desde nuestra Universidad, autónoma y cogobernada, seguimos levantando la bandera de la autonomía y del cogobierno para toda la educación pública. Nos paramos del lado de los docentes y estudiantes de secundaria, que exigen ser escuchados en los procesos de la reforma educativa. Sostenemos la importancia de una educación emancipadora que nos forme como seres reflexivos y críticos, una educación al servicio del país, de los intereses de las uruguayas y los uruguayos, y no al servicio del mercado.

Nos paramos del lado de nuestra histórica alianza popular para luchar junto al PIT-CNT, a Fucvam, a Onajpu, a organizaciones ambientalistas, feministas y demás organizaciones nucleadas en la Intersocial, para poner en marcha un plan de lucha en contra de la reforma jubilatoria impuesta por el actual Gobierno. Impulsamos un tercer Congreso del Pueblo como proceso de discusión programática de las grandes, radicales y necesarias transformaciones que necesita el país de hoy, el Uruguay en el que estamos viviendo, y para que las uruguayas nos adueñemos de nuestro destino y coloquemos sobre la mesa qué Uruguay queremos, que sin dudas es el que más se acerque al planteo artiguista de que los más infelices sean los más privilegiados.

En esos tiempos, el pueblo escribió en las calles algo que los años y la teoría de los dos demonios no han podido borrar: la ineludible convicción de defender la libertad y la democracia hasta las últimas consecuencias, de forma permanente y con la gente como protagonista. Durante todos esos años la FEUU estuvo activa, movilizaba y en lucha, desplegando las formas más creativas de organización, sembrando la esperanza en la clandestinidad cuando fue necesario.

Esa misma FEUU que luchó en la calle y resistió en la tortura, ayudó a construir la salida democrática con el histórico triunfo del "No" en el plebiscito de 1980, la Semana del Estudiante, la multitudinaria marcha al Franzini, y ese increíble 1.º de mayo de 1983. La historia de nuestro pueblo —sus avances en momentos de conquistas y la resistencia de su gente cuando el poder ha arremetido con su peor cara— sería imposible de contar sin hacer referencia al movimiento popular. Ese lugar se lo ha ganado por su consecuencia histórica, esa que nos hace estar seguros de que, sea cual fuere el desafío con el que nos encontremos en el futuro, veremos a la federación en la calle. Y, como decíamos hace muchos años en la marcha al Franzini: *"No somos la generación del silencio pero, como siempre, fracasaron los autoritarismos"*.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Gracias, Amira.

Nos extendimos un poco en el tiempo, así que vamos a habilitar tres minutos por si alguno quiere aportar alguna mirada más.

(Dialogados)

SEÑOR PEREIRA (Fernando).- A mí me parece que hay debates que van a permanecer en el tiempo; ya han permanecido durante cuatro décadas. Lo importante es que los logremos hacer. Yo no sé cuántos países del mundo pueden realizar debates de este tipo, con presidentes o secretarios generales de los partidos, con el presidente de la central sindical, con la secretaria de Asuntos Gremiales de la FEUU, y con ediles y ministros en la tribuna. Para mí, esto es sumamente valioso. Yo estoy convencido de que las democracias potentes requieren de partidos potentes, fuertes, enraizados en la sociedad. Y probablemente esto haga algo diferente a la democracia uruguaya de otras.

Nos podremos molestar, podremos tener debates muy duros. Probablemente, fruto de esta discusión, pudiera haber acaloramientos. Por eso yo, cuando me enojo, agarro para el lado del texto, porque ese es el que no te permite equivocarte; las emociones, sí.

Como tengo tres minutos, ratifico esto de que nosotros, mientras tengamos un hilo de vida, vamos a estar buscando a los desaparecidos.

Gracias.

(Aplausos)

SEÑOR ITURRALDE (Pablo).- Volviendo a lo que me había planificado inicialmente, a mí me gustaría hacer algunas reflexiones sobre todo lo que significaron para el Uruguay no solo los últimos 50 años, sino un poquito más.

Nosotros fuimos perdiendo el espíritu de aquel país integrado que existía. Poco a poco fuimos entrando en un camino de enfrentamientos, fuimos dejando de vernos con la

cercanía de una comunidad espiritual que nos hacía sentirnos más cercanos. Y creo que eso fue lo más dramático del golpe de Estado, que nos agarró a todos quizá pensando que nunca iba a llegar el momento en el cual iba a haber una dictadura en el Uruguay. Efectivamente, nos creíamos un balcón al frente, creíamos que esas cosas nunca iban a pasar en el Uruguay.

Más allá de las desavenencias que significaron para nosotros, por ejemplo, haber discutido muy a fondo cuáles eran las condiciones a través de las cuales aceptábamos o creíamos que debía hacerse en el año 66 la reforma constitucional, [así como] los cuestionamientos a la propia reforma constitucional del año 71, creo que fundamentalmente todas las fuerzas cívicas de este país se unificaron en el año 73, finalmente, para defender la democracia. Y no debemos tomar como ejemplo las eventuales diferencias que pudimos haber tenido a la salida de la dictadura, sino enorgullecernos con todo lo que hicimos a lo largo del 80, del 82, en el acto del 1.º de mayo —que celebramos hace poco tiempo—, en el acto al que recién se refería la compañera de la FEUU. Yo era el vicepresidente de la Asceep en ese momento.

Esos fueron hitos con los que fuimos construyendo y con los que yo apelo a que volvamos a construir una vez más esa sociedad de cercanías que todos nos merecemos. ¿Con puntos de vistas distintos? Sí, seguramente con puntos de vistas distintos, pero seguramente apelando a que nunca más sucedan estas cosas.

Para finalizar voy a leer algo muy breve —siguiendo el consejo de Fernando [Pereira], que no permite las emociones—, que es el comunicado que leímos el 20 de mayo en nuestro partido. Decía:

Este año se conmemoran 50 años del último golpe de Estado. La ruptura institucional de 1973 no fue repentina, el país estaba frente a una gradual crisis del sistema político, con aumento de las tensiones y sufriendo una fuerte violencia política como consecuencia de los enfrentamientos derivados del alzamiento armado y la sucesiva represión que generaron miedo, terror e inseguridad en la vida de los uruguayos.

El Partido Nacional, fiel a su historia democrática y republicana de resistencia en sus tiempos oscuros, reafirma su compromiso democrático y el apoyo al Estado de derecho. Es por eso que manifestamos que el 20 de mayo es una fecha de profundo significado para nosotros.

El 20 de mayo de 1976 fueron asesinados en Buenos Aires Héctor "el Toba" Gutiérrez Ruiz y Zelmario Michelini, un blanco presidente de la Cámara de Representantes, y un senador frenteamplista de origen colorado, junto a Rosario Barredo y William Whitelaw, otro par de ciudadanos uruguayos. Los asesinaron por defender la democracia que se había perdido en su querido país.

Estos crímenes, como otros tantos, fueron perpetrados por las dictaduras uruguaya y argentina. Nada justifica la violencia de Estado. Es este quien debe defender y velar por los derechos en vez de atacar contra ellos.

En el Uruguay republicano, democrático y soberano de hoy aún faltan orientales que nunca volvieron a sus casas y no conocemos dónde están. Debemos encontrar los caminos para llegar a la verdad y garantizar que nunca más reine en nuestro territorio la violencia e intolerancia, la ausencia y el desamparo, los exilios y la oscuridad.

El Partido Nacional, fiel a su historia de lucha y resistencia, reafirma su compromiso y reivindica el esfuerzo por encontrar a todos aquellos compatriotas que nunca volvieron, para darles respuestas, paz y verdad a sus

familiares y amigos, para la verdadera reconciliación nacional de nuestra comunidad espiritual.

Queremos construir una memoria digna que encuentre paz y esperanza, y solo lo lograremos el día que la verdad salga a la luz y los responsables enfrenten a la Justicia.

Tenemos en Wilson, el Toba, Cecilia y tantos más nuestro símbolo de lucha, resistencia y sacrificio por la libertad nacional. Decimos, por todos aquellos que aún no están, "Nunca más".

(Aplausos)

(Dialogados)

SEÑOR SANGUINETTI (Julio María).- Yo quería simplemente decir algo muy importante —quizás sea el único legado afirmativo de los acontecimientos traumáticos que vivimos—, y es que hoy tenemos este consenso sobre la democracia.

Cuando yo era estudiante en este paraninfo, en el Centro de Estudiantes —en la calle Colonia—, el gran debate era ese: entre los que creíamos en la democracia liberal y los que nos acusaban de que creíamos en la democracia burguesa, que [decían] que eso no significaba nada y que nada valían los derechos formales de la libertad. Los derechos formales, si es que son las garantías jurídicas, luego se vieron y hoy los defendemos todos.

También nos pasó cuando comenzó el golpe de Estado, que no empezó en junio, sino en febrero. En febrero hubo mucha gente que dijo "Esto no es democracia versus dictadura, sino pueblo versus oligarquía". Era el pueblo. Caen civiles y caen militares. Fue algo muy fuerte, muy importante. Hoy no lo traemos aquí como un factor polémico, sino como las cosas que no se deben olvidar y para reconocer que el consenso de hoy también es la consecuencia de enormes confrontaciones.

Si hoy hablamos del terrorismo de Estado —que todos repudiamos, que todos, del modo que pudimos, combatimos—, no podemos ignorar el recurso de la violencia. Vuelvo a decir: acá antes hubo terrorismo, antes hubo guerrilla; los militares no salieron un día a la calle porque se les ocurrió, sino que fue un largo proceso de deterioro. El recurso de la violencia llevó a ese proceso. Eso, desde el punto de vista militar, no excusa a nadie; las responsabilidades son todas responsabilidades. Ellos fueron los que dieron el golpe de Estado, ellos fueron los que torturaron, ellos fueron los que generaron estos desastres que tuvimos, pero también es verdad que se los puso en escena en un proceso que renegó de los valores de la tolerancia. Perdimos la libertad porque antes perdimos la tolerancia; perdimos la institucionalidad porque antes comprometimos la paz.

Nada más.

(Aplausos)

SEÑORA DA SILVA (Iliana).- Les agradezco a todos y a todas que hayan seguido el acto con atención hasta ahora.

Antes de entregar los obsequios que la Junta Departamental de Montevideo pensó para los invitados...

(Interrupciones - Dialogados)

Antes de finalizar y hacer entrega de estos recuerdos simbólicos, a mí también me gustaría agradecer a la Junta por esta oportunidad y compartir una reflexión.

No es casualidad que hoy esté acá. Hace mucho tiempo —ustedes me conocen, a muchos de ustedes los he entrevistado en distintas oportunidades de mi carrera profesional— trabajo en los medios de comunicación, hago periodismo desde un lugar comprometido, en especial con la defensa de los derechos humanos. Cuento historias, informo, investigo.

Me hice algunas anotaciones, porque —como dice Fernando [Pereira]— a veces te gana la emoción. Entonces, me dije: “Bueno, mejor anoto algunas cosas”. Hoy quiero compartir parte de mi historia familiar, que hace que mi participación también sea especial.

Soy de la generación del 73, nací el 16 de julio de 1973; quiere decir que dentro de poco estaré cumpliendo los 50 pirulos. Mi infancia y mi adolescencia —como la de muchos que están acá— estuvo marcada por la dictadura, por esos años oscuros, y dejaron una herida que aún sigue abierta en mi familia, una herida que es muy difícil de sanar: el secuestro y la desaparición de mi tía materna Yolanda Casco y de mi tío Julio Cesar D'Elía. Ellos fueron secuestrados en su casa, en Buenos Aires, en un operativo del Plan Cóndor, unos días antes de la Navidad de 1977. Remarco lo de la Navidad porque imaginen lo que son las Navidades en mi familia.

Yolanda estaba embarazada de ocho meses y medio y dio a luz a su hijo en un centro de tortura clandestino conocido como Pozos de Banfield. A su hijo lo quería llamar Martín. Su hijo fue apropiado por un militar llamado Carlos de Luccia. Diecisiete años después, gracias al trabajo de las Abuelas de Plaza de Mayo, mi familia logra ubicar a Carlos. No se llamaba Martín; Carlos de Luccia le puso Carlos.

Hoy mi primo recuperó su identidad y pudo reconstruir su historia familiar. Vive en Buenos Aires, es economista —al igual que su padre biológico, Julio César D'Elía, que se formó en esta casa, en la Udelar— y tiene tres hijas hermosas. Carlos, al igual que otros nietos recuperados por Abuelas, camina la Marcha del Silencio, y muchas veces la caminamos juntos: él con sus tres hijas y yo con mi hijo, al que decidí llamar Martín.

La desaparición de mis tíos nunca me fue ajena porque, a pesar de mi corta edad, les puedo asegurar que aún tengo las imágenes del llanto y del dolor de mi madre. No las olvido, sobre todo en las Navidades. Ella tiene hoy 83 años y, al igual que otros familiares, sigue preguntándose dónde están.

Todavía creo que, como sociedad, nos debemos responder esa pregunta, que no se puede dar vuelta la página, que no se puede reescribir y que tampoco se puede negar lo que pasó. Todos tenemos derecho a enterrar a nuestros muertos, y los familiares tienen derecho a conocer la verdad. Por eso, el “Nunca más” —acá lo he escuchado repetir en varias oportunidades— se construye entre todos y todas, pero con acciones concretas por parte de los gobiernos y también con espacios de diálogo como este, que espero se repliquen también en otras instituciones, en los centros educativos —es necesario que los jóvenes conozcan la historia— y también en las reuniones de amigos, en el boliche, en los clubes deportivos, en cada lugar donde se habilite la conversación y, por supuesto, también en los medios de comunicación.

Gracias, Martín [Couto], por esa llamada, por invitarme. Como te dije, no quiero ser una moderadora que simplemente presente y dé la palabra, sino que también quiero estar aquí porque necesito contar y compartir esta historia. Además, para mí es una oportunidad para mantener viva la memoria de mis seres queridos.

Muchas gracias por su atención.

(Aplausos)

Ahora sí vamos a hacer entrega de un regalo, que es algo simbólico. Martín y Nicolás: si quieren acercarse... Se trata de [una réplica del] logotipo que han definido ustedes. Vamos a mostrarlo, porque se me hace difícil describirlo. Dice: “Año de la democracia. Nunca más”

terrorismo de Estado". También se lo vamos a entregar a Rodrigo Arim, rector de la Udelar.

(Así se efectúa - Aplausos).

Muchas gracias a todos.

(Es la hora 21:10).